



Tres maneras de morir

Cristian Valencia

Publicado en www.populardelujo.com · sección textos / bogotá | 04/2005

La calle es una desgracia. Puede caer en la calle el cura iluminado y el ladrón de poca monta, el ejecutivo próspero y el celador de la esquina. Y cuando alguien se rueda a la calle, se vuelve invisible para los demás. Se convierte de repente en parte del mobiliario urbano del subdesarrollo. Dejan de existir para los seres de la superficie, porque llevan una vida entre tinieblas, delirios y destellos de un mundo mejor, en medio de los intrincados laberintos cavernosos del alma.

Por alguna razón que desconozco, me fue dado el don de ver la vida cotidiana de la caverna, la vida de estos seres caídos en desdicha: unos por sensibles, estos por perdidos, otros por perseguir la libertad. Pero todos por humanos, de humana condición. He aquí el testimonio breve de tres vidas, tres destinos y tres maneras de morir.

La natural

James cumpliría 35 años en el 2004, pero falleció en 1997. Falleció de calle. James no pronunciaba su nombre como Yeims sino Ja-mes. Insistía en ello. Tenía un rostro encantador, como si fuera el protagonista de la canción Mediterráneo de Serrat, o del extranjero de George Moustaki. Con su cara de extranjero, era errante pastor viejo con sus cabellos al azar. Y con sus ojos medio muertos, hablaba de mares y desiertos y me invitaba a soñar, a un atreverme a la libertad con todas sus aristas peligrosas. Así era James, que estableció su centro de operaciones en el barrio la Macarena de Bogotá y cuidaba carros, o hacía mandados, o no hacía nada. Sólo estaba por allí en la calle dispuesto a conversar con cualquiera. Tenía el don de la palabra. Pocas palabras del alma, pero certeras. Le gustaba la filosofía, le encantaba Nietzsche y a veces hablaba de su paso por la academia. Era un hombre que sabía demasiado, aunque no lo suficientemente vistoso como para ser objeto de una película taquillera o un best seller novelesco.

Ignoro si James conoció el mar, pero se le notaba en la forma de mirar. Ignoro si fue a la isla de Creta, pero también se le notaba. Pastor viejo, James. Ladrón, embustero, le gustaba el juego y el vino. Tenía alma de marino. Todo eso en la calle, en la noche. En el bazuco, James.

Un drogadicto más que inflaba por entonces las estadísticas alarmantes de esta ciudad. Estadísticas interpretadas la más de las veces con pánico. Como si la ciudad estuviera rodeada de malandros, desconociendo que no hay en el mundo alguien más desdichado y desvalido que un drogadicto callejero. Pero James tenía hogar: la calle Y gente que lo quería, y dolientes de su tragedia personal: los vecinos del barrio. También tenía enemigos. La calle y la noche. Las ollas de droga, los habituales comensales de una mesa servida con muy poco para muchos, que convoca la indolencia también, la avaricia de un puñado de miserables, la ambición de cosas pequeñas, y a un sálvese quien pueda perseguido por

los agentes de la oscuridad y la niebla a la grupa de sus motos. James vivía allí, cuando la Macarena dormía. Dormía en el interior de los grabados de Goya. Y eso nadie lo sabía. Tan sólo se sospechaba.

Tuvo dos muertes, James. Muy raro eso para alguien que con mucho esfuerzo logró tener una vida.

Luego de dos meses de no verlo en las calles de La Macarena, comenzó a circular el rumor de su muerte.

— Murió de pulmonía —dijo la Negra, esporádica compañera de James en los “chalet” de Carrillo, construidos bajo el puente de la avenida Circunvalar con calle 27 por entonces.

Era curiosa la manera cómo se movía esa noticia por las calles. Se escuchaba, y el escucha hacía un segundo de silencio, sólo uno, recordándolo. Luego dejaba escapar un suspiro conveniente y una plegaria silenciosa que debía ser algo como “paz en la tumba de James”. Después al cotidiano oficio de vivir nuevamente, con un hombre menos en las huestes. Con ese vacío instalado como al descuido en todas las casas de la Macarena, James.

Meses antes de su desaparición caminaba con dificultad. Le dolían las coyunturas, las piernas, la columna. Y a veces lo atacaba un dolor en el vientre terrible, como si fuera a malparir un engendro hecho de malos recuerdos que lo liberaría. Y tosía mucho. Cuando lo hacía se apartaba de uno y daba la espalda, para no dejar ver ese otro rostro tan solitario que le acompañaba, James.

Los chalet de Carrillo quedaban en los bajos del puente de la avenida Circunvalar con calle 27. Carrillo se había apoderado del puente y ofrecía los servicios de habitación a los habitantes de la calle que cumplieran ciertos requisitos. Al entrar uno se encontraba con una zona comunal en donde

funcionaba una imitación de lobby en donde había un sofá amplio, dos poltronas, varias mesitas, muchos butacos y un televisor a color de 17 pulgadas que se abastecía de la energía de un poste de alumbrado público. Luego venía la zona de las habitaciones, separadas por telas de miles de colores, que emparentaba el lugar con un fumadero de opio en Shangai, o con un inquilinato de barrio bajo de Alejandría.. Y cada habitación tenía un colchón, cobijas, y los efectos personales de cada arrendatario. En aquel entonces se pagaban por noche quinientos pesos. James vivía allí cuando no se perdía en las ollas del centro. También vivía un ex soldado profesional al que le decían el mono. Era de Angelópolis, Antioquia, y se parecía a Nick Nolte. Se ganaba la vida vendiendo dulces y cigarrillos en la calle, y mariguana también para quien se supiera la clave. La negra también habitaba en los chalet de carrillo. Una negra grande del sur del Cauca que sabrá Dios por qué rayos terminó en la calle, rodada en el bazuco. Y Paola, la monita, que aún recorre las calles de los restaurantes del barrio La Macarena, que en ese tiempo sostenía un romance tormentoso con un familiar de Ximena Restrepo, la atleta colombiana. Hombre que se había fumado un edificio entero que le había tocado en herencia, y acababa de vender el último de los apartamentos. Con el dinero se compró una moto de 500 centímetro cúbicos. Y con la moto enamoró a Paola, que ahora miraba por encima del hombro a sus antiguos vecinos de puente, porque Gaviria le había comprado su buena ropa. Les duró el romance mientras le duró la plata a Gaviria. Después de esas vacaciones pagadas de mil estrellas, la monita Paola regresó a los chalet de Carrillo. En total, en aquel bajo del puente vivían casi treinta personas. Una verdadera solución de vivienda alternativa para los habitantes de la calle.

Dos meses después de enterarme de la muerte pulmonía de James, me lo encontré en la calle. En una esquina, como siempre, oteando el horizonte. Como si no se tratara de la calle sino de las estepas del Kilimanyaro. Lo abracé y le conté que en la calle corría el rumor de su penosa muerte, en una noche fría bogotana. El hombre sonrió.

— Estaba de vacaciones. Todavía no es mi hora —dijo.

Así que las calles de la Macarena gozaron nuevamente de la presencia de James. Esta vez, todo el mundo estaba más pendiente de sus andares. Pendiente de que estuviera todos los días por algún rincón.

Y llegó el día en que desapareció nuevamente. Me enteré al segundo día, porque el propio Carrillo me contó que había tocado salir de urgencia con James para la clínica.

— Tenía una tos tenaz —dijo Carrillo.

Murió al segundo día. De pulmonía, en el hospital de La Victoria, James. Paz en la tumba de James, que sabe Dios si es una tumba independiente, si tiene lápida con nombre, fecha de nacimiento y epitafio.

La violenta

Richard también murió de calle antes de los 30. Pero de matado, no de muerto. Como todos los ñeros, daba la impresión de que Richard había nacido en las calles del centro. Era parte de la calle, como lo son los árboles y los pájaros. Como los son los carros y los andenes. Pero Richard no había nacido en el centro de Bogotá sino en Cali. Hablaba con propiedad de Siloé, de cuando el ejército se metió al pesebre y arrasó con todo. De cuando la guerrilla se tenía tomado el cerro y enlistaban a la gente. Tiempos que relataba como si se tratara de los juguetes habituales de un niño cualquiera. Dignos de recordarse como cuando uno recuerda que fue a montar a caballo en una finca, o que le regalaron su primera bicicleta. Richard vivió su adolescencia en Cali haciendo de todo. Los juegos de los muchachos consistían en aprender el arte de la sobrevivencia en la calle, cosa que tiene que ver con el pegante bóxer, con arrancar cadenas de oro a los transeúntes, con robar limpiabrisas de las camionetas burbujas, con escabullirse de la policía y otros agentes del orden con ganas de cobrárselas. Hasta que esa ciudad se inundó de traquetos, la palabra mágica colombiana para designar a quienes se dedican al negocio de la droga. Y los traquetos decidieron que en vista de que las alcaldías no hacían nada por la ciudad, ellos mismos se encargarían de hacerlo. Empezarían por hacer una limpieza. En este caso, una limpieza no se refiere a barrer las calles ni a productos detergentes. Se refiere a desaparecer todo aquello que envilezca la calle, todo aquello que afee el panorama de postal que debe venderse en el exterior sobre Cali: autodenominada sucursal del cielo. Así que hubo muertos por cientos en el paraíso. Los más recordados fueron los de la estación del ferrocarril. Diecisiete personas fueron acribilladas desde una caravana de carros. En la noche. Los mataron dormidos, como a los santos inocentes. Quedaron en posiciones cotidianas y tristes, como aquellas personas de Pompeya, petrificadas de súbito por la lava. Luego vinieron acciones más escabrosas. La moda de incendiar seres humanos en las esquinas llegó a la ciudad de Cali. Y Richard escapó de varios intentos de muerte colectiva, para su bien. Una buena mañana se dio cuenta que así no podía seguir viviendo. Entonces tomó la determinación de irse para al costa. La Atlántica, porque quería ver con sus propios ojos el bienestar de los comerciales de la televisión.

Emprendió su camino una mañana cualquiera. Por increíble que parezca los indigentes tienen una capacidad de desplazamiento que podría ser la envidia de muchos. En Bogotá, por ejemplo, cuando un ñero se quiere ir de vacaciones y sabe cómo es la jugada, se moviliza hacia la estación de tren de Facatativa y espera a que salga el tren hacia Santa Marta. Lo abordan en movimiento, como en las mejores películas gringas de aventuras, y se espatarran en los vagones a sus anchas. En el Magdalena Medio se tienen que bajar, caminar un buen trecho entre la selva del Carare, y esperar otro tren en medio de oraciones desoladoras. Porque la parada técnica se hace para evitar la furia paramilitar que no soporta gente mal trajeada, ni miserables pasando bueno, ni mariguaderos de arete, ni lesbianas, ni maricas, ni nada que

se salga de ese retrato familiar perfecto que debería estar en el escudo Nacional, insertado en el rojo de la sangre que derramaron nuestros patriotas, por ejemplo.

Richard llegó a Bogotá cuando tenía 24 años. Iba para la costa. Llegó en una volqueta arenosa que lo dejó a la altura de la represa del Muña. Y vio, como si se tratara de una epifanía, los cerros Bogotanos, coronados por la iglesia de Nuestro Señor de Monserrate. Más milagroso que el milagro de Buga, según los chismes que había escuchado.

En el año 94 me lo encontré por primera vez. Era de noche, y tenía un gesto de pánico y premura trabajándole la cara. Llevaba un pantalón dos tallas más grandes que la suya, que debió ser 28. Richard no llegaba al metro con sesenta y era flaco. Tenía los dientes absolutamente cariados, y solía llevar en el lóbulo de la oreja un fósforo el Rey atravesado a manera de arete. Como todos los ñeros, tenía estilo. El suyo, el de todos, el que los hace parecer como si el día después de la guerra fuera hoy mismo y fueran sobrevivientes. El estilo de mucho presente que borra hasta las sonrisas de la niñez y descrece del futuro.

— Ayúdeme—me dijo suplicante, gagueando, como siempre—. Tengo un parcerero debajo del puente herido de bala. ¡Ayúdeme para comprar alcohol y gasa!

— No le creo nada —dije.

— Si quiere usted mismo compra las cosas en la farmacia.

— Y lo siguiente que veré será un ñero vendiendo alcohol y gasa a las puertas de la panadería —dije.

— Compre las cosas y me acompaña si quiere.

Así lo hice. Compre alcohol, gasa, algodón, esparadrado y merthiolate, y bajamos por el parque de la Independencia hacia el puente peatonal que pasa por debajo del puente sobre la 26, a la altura de la carrera Quinta. Y era verdad. Allí estaba un niño de 16 tirado en el suelo sobre un enredado de sangre, cobijas, cartones; y lamentos. Lamentos de niño que no quiere que su padre se entere que se descalabró porque lo molerá a palo. Tenía el muslo atravesado por un balazo y le salía sangre a borbotones.

Cuando lo vi, les dije a los dos que empacaran que nos íbamos para un hospital, que eso se veía muy mal y que era poco lo que podíamos hacer con ese botiquín improvisado; que, ¡maldita sea!, no era tiempo de jugar al enfermero.

— Está loco —dijo Richard y soltó una carcajada valluna.

Richard le limpió la sangre con un algodón empapado de alcohol. Le echó todo el alcohol que pudo en el hueco de la bala y luego lo incendió. El chiquito mordió un pañuelo solamente. Así se tragó el dolor que semejante cirugía le produjo.

— Listo —dijo Richard— Pasáme la gasa para vendarlo. Este man ya se salvó.

Cuando me acompañaba hacia la casa me explicó por qué los hospitales eran malos para la salud. Estaba seguro que lo curarían mejor, pero también estaba seguro que cuando pudiera caminar lo meterían preso. A un ñero herido de bala le llueven las preguntas incriminatorias. Nadie piensa que fue injusto el balazo, nadie cree que pudo tratarse de una bala perdida. Nada de eso. La ecuación es sencilla: ñero más balazo es igual a ñero que intentó robar o robó algo. Lo meten preso por intento de sospecha.

Luego de esa noche fueron muchas las conversaciones que tuvimos. Le gustaba pararse sobre el puente de la quinta a mirar los carros pasar por debajo. Y pensar. Divagaba sobre su llegada a la costa. No conocía el mar, aunque hubiera nacido a tres horas de Buenaventura. Me pedía que le contara cómo era la playa, cómo se vivía por allá, cómo eran las mujeres. Pero antes de viajar, lo primerito que debía hacer, y para ello ahorra unos centavos, era arreglarse los dientes. Logró ahorrar veinte mil pesos en una semana. Entonces hizo las cuentas de la lechera. “Si una semana son veinte, un mes son ochenta, y un año dan novecientos sesenta. Uff. Con quinientos me arreglo los dientes, y el resto me lo llevo de plante para hacer algo en Cartagena. En un año me voy”, dijo.

Entonces celebró su partida con los veinte mil: se los gastó en bazuco y aguardiente, Richard.

Guardo con especial cariño un recuerdo matutino de Richard. Estaba acostado en el piso de las Torres del Parque, junto a un arrume de cartas. Cuando pasé por su lado, casi ni me saluda por estar leyendo. Conmovido hasta el tuétano, Richard lloraba con quién sabe qué palabras.

— ¿Quién le escribió, viejo Richard?

— La cucha —contestó, sin dejar de leer.

Pensé que había sacado toda la correspondencia que tenía con su madre desde que se salió de la casa. Y respeté esa imagen, no quise hacer más preguntas. Pero justo cuando emprendía la marcha, me dijo:

— ¿Quieres leer una? —y me extendió la que acababa de terminar, la que lo tenía en lágrimas.

Era una carta perfecta, escrita con especial caligrafía de mamá, con letra redondita y pegada, fechada en el año 1987. Comenzaba más o menos así:

“ Querido Juan, hijo de mi alma...”

— ¿Juan? ¿Te llamas Juan Richard o Richard Juan? —pregunté.

— Me las acabo de encontrar, viejo —me dijo, y continuó leyendo las letras de una madre a su hijo.

Estaba antojado de amor de madre, Richard. Pensando, quizá, que si su madre escribiera a lo mejor lo haría de esa manera; que si ella supiera a dónde mandarle cartas, serían

así. Pensando en su propia madre a través de la madre de otro, Richard.

Me fui del barrio en el 97, y desde entonces lo veía esporádicamente, cuando tenía que ir a la Macarena. La última vez que lo vi no llevaba su fósforo El rey en la oreja, y estaba calvo. Más flaco que nunca. Me contó que estaban pasando cosas raras por el centro, que habían matado a varios en la noche. Que eran dos motos vigilantes las que estaban sembrando la muerte en los jardines. Que lo habían sacado del puente.

Una noche me acompañó por el centro oscuro. De pronto me empujó y sacó un cuchillo.

— Tranquilo —me susurró.

Entonces vi cuatro malevos que venían directo hacia mí en ese momento.

— ¡A metros que a este *man* lo estoy arreglando yo! —les gritó.

Entendí que había simulado atracarme para que no me atracasen.

Dos años después, supe de su suerte en la revista Semana. “También mataron a Richard”, rezaba el titular de la columna de Antonio Caballero, lamentando su ausencia.

Pasado por cuchillo o por las balas lo sacaron de este mundo, a Richard. El que lloraba con las cartas ajenas; nunca llegó a la costa y jamás se arregló los dientes. El que era capaz de ahorrar para festejar un sueño, Richard.

La accidental

Vladimir jamás me robó un peso, pero le robó a toda la gente conocida. Era hermoso, la versión latina de Tarso, personaje que inmortalizó Thomas Mann en Muerte en Venecia. Capaz de seducir a Madonna si la tuviera en frente, como lo haría con Marilyn Manson en caso de que se hubieran visto. Los hubiera esclavizado por unas semanas, con seguridad. Luego tendrían que ir al psiquiatra para quitárselo de encima. Porque los robaría de frente, los explotaría con una sonrisa turca. Eso es: Vladimir tenía el poder de una sonrisa turca, como la del turco que roba a la patrulla de la película Mediterráneo, luego de ofrecerles una noche de hachís y vino, de miradas furtivas y cuentos del mar. Vladimir era igual. Las divas pensarían que bien valía la pena dejarse robar a cambio de tener al lado la más pura y anarquista versión de la vida. La más honesta. Era un ángel hampón en desgracia. Pero ángel en todo caso, y hampón a pesar de las alas, que perdían plumas con el paso del tiempo, Vladimir.

Siendo apenas un niño tuvo la oportunidad de vivir en Alemania. Y tampoco cupo su alma en Alemania. Lo metieron a un colegio para niños genios, de aquellos permisivos, de los que brindan todas las herramientas a las mentes idas. Y no pudieron. Tocaba el piano como le daba la gana, desde Ragtime al jazz, pasando por las sonatas de Beethoven, y cantaba con todas las voces imaginadas; aprendía por ósmosis. No le interesaba nada que no fuera la vida. Lo demás, venía siendo lo

demás. El futuro genial se lo pasó por la faja cuando se visualizó en el futuro. Científico no quería ser. No quería encerrarse en un laboratorio a experimentar con la vida en atmósfera cero, mientras la vida estuviera latiendo en las calles con cara propia, en formas humanas, a 37,5 grados centígrados bajo las sábanas, como en el subtítulo de la película Betty Blue. Músico era, pero más perdido que Charlie Bird Parker en sus últimos días., Vladimir.

Una buena noche apareció en mi casa. Que en ese entonces era la casa de todos. Vivía en una casona de La Candelaria en compañía de dos argentinas, un uruguayo, un español, un brasilero, varios colombianos como las cabras; y habituaba llegar un paraguayo de vez en vez, que se venía caminando desde Villa de Leyva en donde tenía posesión de una caverna que era su casa. Y hubo fiesta en ese caldo de cultivo. Y amanecida. Me enteré de la presencia de Vladimir al día siguiente, cuando en la mañana comenzaron los gritos. Era como escuchar a los siete enanitos decir: alguien ha dormido en mi cama, con una pequeña variación nacional subida de tono ¡Alguien se llevó mi billetera! Vladimir arrasó con las billeteras de todos en aquella casa. Inexplicablemente con la mía no se metió. Una semana después llegó un emisario a traer los papeles importantes de las billeteras. Y, por arte de magia, todos sonrieron, mientras decían como al descuido: ...Ese Vladimir.

Desde entonces siempre me enteré de la vida de Vladimir por chismes. Que vivió con fulanita hasta que se le llevó toda la plata. Que salió con perencejo un tiempo, que se fue para Cartagena con Sutano, que está en un reformatorio en Medlelín, que le robó todo a la mamá otra vez. Muchos qués circulaban por el mundo sobre la vida, obra y milagros de Vladimir.

En un bar del centro, sentado a la barra tomando martinis, un argentino contaba entre carcajadas lo que le había pasado a un colega periodista que había llegado de Alemania: “El hombre no hablaba ni jota de español y estaba hospedado en residencias Tequendama. Una mañana salió de su casa hacia la plaza de Bolívar y se encontró con un personaje que algo le decía en español”. Nada bueno, decía el argentino que decía, a juzgar por los gritos. Lo estaban atracando pero no entendía muy bien qué debía hacer. Y estaba nervioso. Hasta que el atracador le preguntó en perfecto inglés que de dónde era. Y luego de enterarse de que era alemán, el atracador continuó con la faena en perfecto alemán. Y no en cualquier alemán, decía el argentino que decía. Lo atraco en el idioma de las calles de Hamburgo, en *slang* de las cloacas de yonquis en Berlín. Tan perfecto fue el atraco en alemán, que el alemán escribió una crónica sobre un alemán dedicado al vicio y al atraco callejero en las calles bogotanas. Escribió eso porque no sabía que existía Vladimir.

No todas las veces que abordaba extranjeros en la calle Vladimir era tan agreste. Supe por su boca que seducía mujeres españolas, las hacía pasar bomba, viajaba con ellas por Colombia y luego de todo eso “me cobraba los servicios”. Balbuceaba francés con decoro, hablaba perfecto inglés, y del alemán pues ya se sabe. Dominaba también todos los acentos colombianos, y de los latinoamericanos sabía bien

el porteño, el acento veneco y el ecuatoriano. Suficientes herramientas para ser el mejor y más afamado encantador de serpientes desde la India hasta la Patagonia. Y lo era, Vladimir.

Pero la calle va pasando su cuenta de cobro, y las plumas de ángel que llevaba estaban contadas. Era una vez un ángel con las plumas de sus alas contadas en medio de un huracán. Me lo encontré en la calle 19 pidiendo limosna. Del dandy poco quedaba, tan sólo llevaba en su mirada hambre, y la desolación que deja el bazuco en las almas de los hombres. Tiquete sin regreso al más profundo abismo sin fondo que alguien pueda imaginar. Era un ñero más caminando por la ciudad. Lo saludé con cariño. Vladimir se avergonzó de sí mismo, de su miseria, de su estado lamentable. Llevaba marcado en su rostro la resignación del camino elegido. Sabía quién era, y sabía que algo llevaba entre las venas que no era sangre sino candela, dinamita que lo invitaba todo el tiempo a saltar por una vez más al vacío. En el gran teatro de los hombres, podríamos imaginar al pregonero en la mitad del escenario gritando: ¡Y ahoraaaaaaaaa, con ustedeeeeeees, por uuuuuuna vez más, el gran Vlaaaaaadimir saltará hacia el vacíooooooooo! Y saltaría sin blindaje alguno, sin ninguna certeza de tocar fondo; saltaría hasta perderse de vista bajo el suelo del escenario, Vladimir.

Saltó por última vez en su vida, en una noche turbia. Nadie sabe quién lo acompañaba pero se sabe que estaba acompañado. Eso dicen que dicen. Había estado de rumba en los bares del centro. Bailando con toda su gracia en las pistas de salsa. Seguramente habrá sonado ese tema tan salsero y tan bailado que dice en su coro: Cuídate de Vladimir, que se está volviendo loco. Seguro lo habrá sentido en el alma mientras bailaba con su pena en medio de la cumbiamba. Y se acabó la noche de bares abiertos, dándole paso a la noche de la ansiedad y las ganas de tragarse todo el humo de colores a bocanadas. Y sin plata.

Así que Vladimir decide gastar las últimas plumas de sus alas para alcanzar una ventana de un segundo piso. Un ojo de buey atravesado en cruz por unas rejas. Quiere meterse furtivamente al interior de un bar, sabe Dios a robar qué, o con qué intenciones. Cuando llega a la ventana, alguien desde abajo debió ver cómo caía el último vestigio de su ángel al piso. Trató de meterse por esos diminutos orificios. Y lo hizo. Pero no se sabe si fue el aliento lo que se le acabó o el destino que tocaba límites, lo cierto es que Vladimir quedó allí, enterrado en esa pared, con la mitad de su cuerpo adentro del bar, y sus piernas volando en el aire.

Murió de calle también, Vladimir, y hace falta en el mundo su hálito de ángel hampón en desgracia.